

## PENSAR PARA ESCRIBIR Y ESCRIBIR PARA PENSAR

De la casa en que lenta, pero inexorablemente, va amarilleando mi DNI -nació en Villafranca del Bierzo, y dice también la fecha, y dice hijo de José y Claudia-, el cuarto donde me resguardo no es el más amueblado y mimado. Pero es el mío. No me gusta que se diga despacho. Yo no recibo clientes. Yo no resuelvo consultas.

- Preguntan por usted.

- Que pasen al escritorio, quienes quiera que sean.

Las visitas son mayormente jóvenes que vienen a contarme y a que les cuente. Para mí son ratos cómodos y enriquecedores, cuando los visitantes tienen respeto por el reloj y no pretenden, por ejemplo, un prólogo, sólo un par de folios o así, a usted poco trabajo le cuesta.

Me cuesta menos trabajo disponer unos vasos de vidrio donde luzca el rojo del vino de casa, hijo de la uva mencía. No necesito beber mucho, pero me gusta hacerlo en compañía. Los que vienen por primera vez se extrañan de que no se vea un ordenador, ningún aparato de los tiempos que corren. En compensación, tampoco hay rancias sobre la mesa, no hay una escribanía, ni una figura de don Quijote, ni un portarretratos con señora y niños. Sólo un montoncillo de cuartillas expectantes y una batería de plumas y de lápices afilados, todo con mucho orden. De chico me mandaba mi padre con alguna factura a una fábrica de almíbares, había una puerta rotulada -Escritorio- y dentro me intrigaban los libros de la partida doble donde el contable anotaba con primor. Y la perfecta alineación de los sellos de caucho, y la prensa copiadora de cartas y telegramas. No había nada innecesario.

“Donde están las cosas no podemos estar nosotros”, me dijo un día el tenedor de libros. Aquel mundo me fascinaba y por ahí anduvieron durante años mis pasos, que no mi vocación.

Cuando vi publicado mi primer libro, supe lo que sería el resto de mi vida. Y algo de eso quiero confesar aquí. La mesa que dije antes, es raramente una mesa camilla y de madera humilde, pero está vestida con faldas amorosas y maternas que te cobijan, fomentan la escritura serena, y no menos el recogimiento para las horas en apariencia ociosas que el escritor necesita para pensar y recordar.

Pienso que he sido un adolescente precoz y recuerdo que mis primeros versos fueron para una niña de Bilbao, ¡ah, las forasteras del verano! Publiqué en periódicos y revistas, era hermoso ver impreso mi nombre y que además -en algunos casos- los administradores me mandasen un giro postal. Pero me descuidé más de la cuenta en entender que sólo el mundo del libro me colocaría en mi generación, y que sin entrar en la generación serías como un soldado desfilando solo, apartado de su regimiento.

Por fin, vi a mi primer hijo en los escaparates de las librerías, cuando ya había cumplido cuarenta años. No me parece una exageración. Más maduro era Cervantes -pero no estoy comparándome, ¡por favor!- cuando le imprimieron la primera parte del Quijote. Voltaire descubrió el cuento como género literario a los cincuenta y tres. Ciertamente, los versos suelen ser frutos tempranos, y versos eran el primero de mis libros y el segundo y el tercero... Pero, incluso hablando de versos: Kavafis se estrenó a los cuarenta y uno, y nuestro Unamuno -para mí un poeta esencial- a los cuarenta y tres... Cuando entré, y no con mal pie, en el mundo de la narrativa, tropecé con las secuelas de la desclasificación generacional.



Iban saliendo mis libros -veinte, treinta títulos, como si buscara desquitarme del retraso y la recepción crítica era positiva, a veces sorprendida y quejosa de que mi obra no fuera suficientemente conocida por el llamado gran público. "Si en el mundo hubiera eso que llamamos justicia, si Dios (¿pero existe?) fuera en verdad misericordioso, hace años que Antonio Pereira estaría públicamente considerado como el contador de historias más grande que ha dado este país en el último cuarto de siglo". Esto escribía Manuel Talens refiriéndose generosamente a *Las ciudades de Poniente*, hace trece años. Y lo mismo en el fondo decía (pero menos enérgico) José Luis García sobre *La divisa en la torre* hace seis meses. Qué le vamos a hacer.

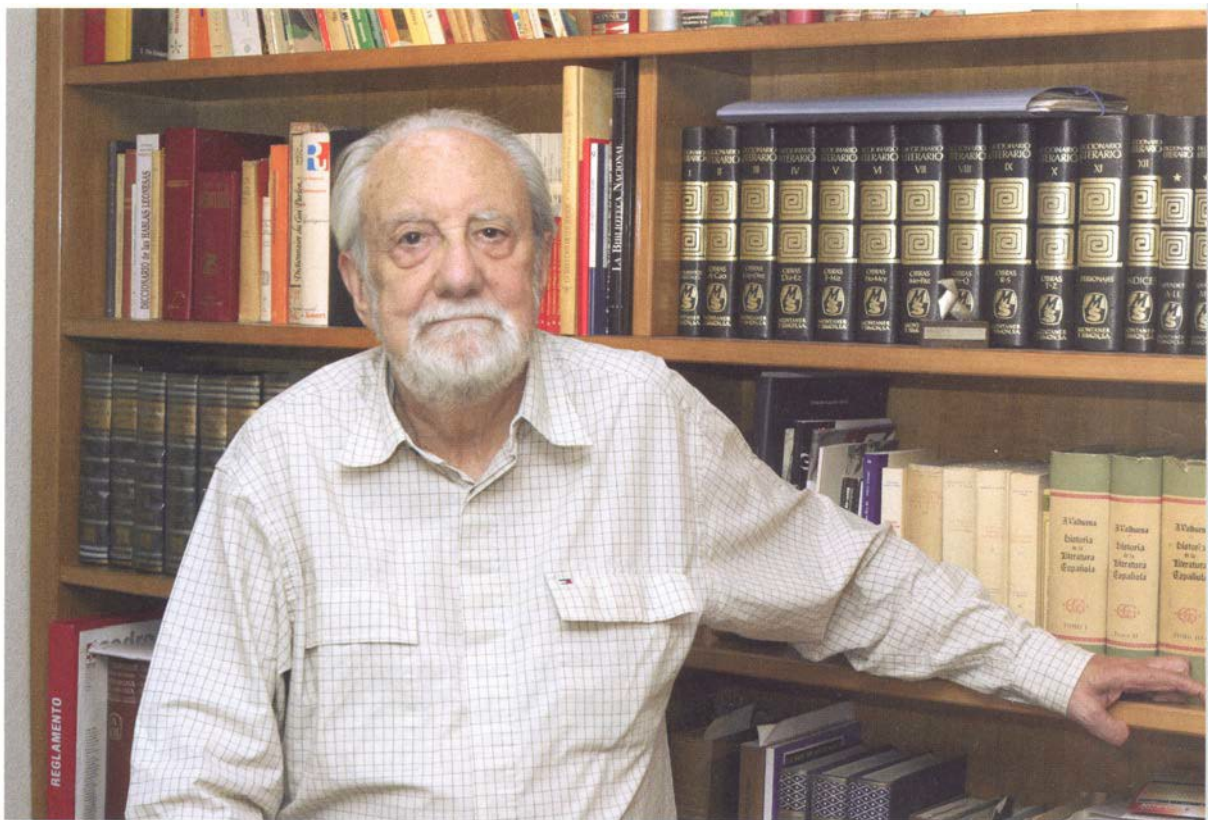
Yo supongo que el "gran público" es el que compra best sellers. Declarándome estoy en mi confesionario, digo en mi escritorio, con ganas de ser sincero. Hace unos años, daría yo algo por ver mis libros haciendo montón en El Corte Inglés. Hoy, eso, me importa menos, y voy camino de que no me importe nada.

- Eres un escritor culto -me dicen a veces. Yo lo rebajo por si es una alabanza:

- Pero no quisiera ser un escritor oculto. Tengo un censo de lectores que me atrevo a llamar amigos, hay cuentos que casi saben de memoria, me los alaban o me

los discuten y censuran, lo sé cuando salgo por esos mundos a dar conferencias que me deparan encuentros que estimo mucho. Una estima que crece cuando retorno al reducto que tanto postulara Virginia Woolf para su independencia de escritora.

Pero no me falta voluntad para lo solidario. Asisto a tertulias y a ilusionadas presentaciones de libros de autores amigos, a la inevitable lectura de poemas de las siete de la tarde y no hago de ello el fundamento de mi vocación: sólo una tregua hasta la hora de verme en el cuarto de la casa -y ahora no me importa su nombre- donde puedo pensar para escribir y escribir para pensar.



El escritor Antonio Pereira